

Coma
Compy

alex apnso

Misterios "en la GRAN CIUDAD"

Maldición en Manhattan



ANAYA



**HOLA,
ME LLAMO**

**... y voy a resolver
este misterio.**

1.ª edición: enero de 2026

© Del texto: Ana Campoy, 2026

© De las ilustraciones: Álex Alonso, 2026

© Del diseño: Álex Alonso, 2026

© Del mapa de la cubierta: THEPALMER/iStockphotos/Getty Images

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2026

Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.es

ISBN: 978-84-143-4520-7

Depósito legal: M-20062-2025

Impreso en España - *Printed in Spain*



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Misterios "en la GRAN CIUDAD"

Maldición en Manhattan

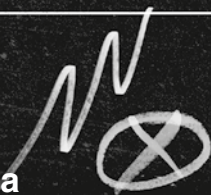


ANAYA

A todos los pueblos perseguidos.

Capítulo 1

**Mudarte es más ameno
si pones un disco de Madonna**



Siempre se cree que Nueva York es una ciudad que acoge a todo el mundo. Dice la leyenda que allí los sueños se hacen realidad. A veces sucede. Es cierto que, en algunas ocasiones, vivir en una gran ciudad puede ser una garantía. Siempre y cuando tengas lo más importante: un apartamento a buen precio.

En 1994, alojarse en Nueva York no era tarea fácil. A pesar de tener once años, Cornelia y Miguel eran muy conscientes de su suerte. Pues, aunque sus familias tenían el techo asegurado, el problema de la vivienda reverberaba en cualquier esquina de la ciudad. Y aquel mes de octubre, momento en el que comenzó este asombroso misterio, ambos pudieron percibirlo más de cerca que nunca.

Una mañana, Astrid, la empleada de la tienda que había heredado Cornelia, llegó muy desconsolada. Cuando ambas levantaron el cierre de Antigüedades Niemann y encendieron las luces del local, la niña notó que su rostro no era el de siempre.

A Cornelia le gustaba visitar a Astrid los días que entraba tarde al instituto. Su energía le ponía de buen humor a la hora de comenzar la jornada. Pero aquella mañana de otoño en la que el frío empezaba a colonizar Manhattan, los nubarrones se habían instalado también en la cabeza de la empleada.

—Me echan de mi casa —anunció Astrid a bocajarro—. Apenas tengo plazo para irme y los alquileres están por las nubes. Puede que tenga que marcharme de la ciudad.

¿Marcharse? ¿Era cierto lo que Astrid acababa de decir? Cornelia no podía imaginar la vida sin la muchacha. No solo por lo bien que funcionaba la tienda desde que ella había llegado. También se trataba de su amistad. A pesar de la diferencia de edad, Cornelia sentía a Astrid como una gran amiga. Era de las pocas personas en las que podía confiar.

Así que no. Astrid no podía irse. Tenía que haber un modo de arreglarlo. Por eso, aquella misma tarde, Cornelia habló con su madre y ambas acordaron una solución.



El viejo apartamento del señor Niemann, situado en el edificio de al lado de la tienda, estaba desocupado. Hasta ese momento ni Cornelia ni su madre habían pensado en qué hacer con él. Bastante habían tenido con cumplir los deseos del anticuario y mantener abierto el negocio de antigüedades.

Como única heredera, Cornelia podía hacer con los bienes del señor Niemann lo que quisiera. Supo enseguida que aquella era la mejor decisión. Sellarían el pacto con un alquiler simbólico y Astrid no tendría que marcharse a ningún sitio.

Ningún sitio lejos de Manhattan, queremos decir. Porque si hay una cosa más terrorífica que buscar apartamento en Nueva York, sin duda es la mudanza cuando ya se ha encontrado.

El día del traslado, Miguel, el mejor amigo de Cornelia, vecino de la tienda y socio de aventuras, no hacía más que preguntarse cuándo terminarían las cajas de libros. La furgoneta del amigo de Astrid había llegado cargada



con un buen arsenal. Parecía que lo único que le importara a la chica fueran sus preciados ejemplares.

—Existen unos lugares fantásticos llamados bibliotecas —protestó Miguel tras soltar una de las cajas en el suelo del apartamento—. Guardan un montón de libros ¡y encima se está calentito!

Aquella mañana de domingo era fría, desde luego, pero nada comparado con el pleno invierno. A Cornelia le hacía gracia que Miguel fuera tan quejica.

—Enseguida pondremos la calefacción, no te preocupes —aseguró la chica.

—Si es que funciona... —murmuró Miguel entre dientes.

Ambos echaron un vistazo a su alrededor. El apartamento del señor Niemann era luminoso aunque bastante viejo. Era cierto que podían haberlo adecentado un poco antes de la mudanza, pero debido a la urgencia no había sido posible.

Astrid, que había recuperado la alegría hacía días, llegó con la última caja y la plantó sobre el resto.

—¡Esto es fantástico! —exclamó mientras admiraba el apartamento—. Tiene muchísimas posibilidades.

La muchacha opinaba que una mano de pintura hacía milagros. Cuando Cornelia y su madre le ofrecieron el apartamento, se había mostrado tan agradecida que al día siguiente ambas recibieron un ramo de flores inmenso en su piso. Así era Astrid. Cada día con ella era una sorpresa.

La empleada bajó a despedir al amigo y su furgoneta. Mientras tanto, Cornelia curioseó en la caja que Astrid acababa de soltar. Estaba llena de discos y tenía auténticas maravillas.

—¡Ahí va! ¡El último de Madonna! —exclamó la chica—. ¡Pero si acaba de salir!

Solo una verdadera fan se haría con el disco de inmediato. Sin duda, Astrid y ella coincidían también en eso. Miguel estiró la barbilla y curioseó la fotografía de la funda.

—¿Está bien ese disco?

—¿Bromeas? —Cornelia miró indignada a su amigo—. ¡Madonna es LA REINA!

—Que me perdone su excelencia —replicó Miguel—. No estoy muy al día de esta señora.

—Pues eso hay que remediarlo —sentenció su amiga—. Te grabaré una cinta.



Lo bueno fue que Miguel no puso inconveniente. Siempre estaba abierto a descubrir cosas nuevas. Era uno de los rasgos de su amigo que más le gustaban a Cornelia.



Aunque, por el momento, lo de Madonna podía esperar. Todavía quedaban cosas del señor Niemann por recoger en el apartamento. La madre de Cornelia había reunido la mayoría de sus pertenencias

en el cuartito de las escobas. Las cajas esperaban ahí hasta que Cornelia se decidiera a husmear en ellas.

En cambio, aún quedaban por revisar algunos muebles que Astrid quería conservar, como la mesa de la tele o el recibidor de la entrada; una verdadera antigüedad.

—¿Quieres que lo vaciemos y así te lo quitas de encima? —sugirió Miguel.

El chico entendía que descubrir pertenencias de alguien que ha fallecido y al que se ha querido mucho podía ser complicado. Cornelia sentía al viejo anticuario como alguien de su familia. Había lamentado mucho su pérdida. Y aunque ya había pasado el duelo, seguía echándole de menos.

Al ver que Cornelia accedía, Miguel tomó la voz cantante.

—Veamos —comenzó—. Aquí hay un cajón con pilas, polvo, velas por si se va la luz, un naipe, más pelusas de polvo, clips, monedas... Lo típico que cualquiera guardaría en el recibidor. Y en el lateral... hay unas cuantas revistas del National Geographic.

—Sí —confirmó la chica—. El señor Niemann estaba suscrito.

—¿Quieres quedártelas?

—Pues... la verdad es que no.

—Entonces, fuera —zanjó Miguel con resolución—. A ver, qué más... periódicos viejos, más polvo, más pilas... y... ¡anda!, ¿un sobre?

Cornelia prestó atención. Miguel acaba de descubrir un sobre acolchado sin cerrar en el que había algo escrito.

—¿Qué pone? —preguntó la chica.

—«Para Amanda Preston» —leyó Miguel—. ¿Qué contendrá?

Parecía que Miguel estuviera pidiendo permiso a Cornelia para ojear el contenido, y así era realmente. Después de revisar el sobre con mucho cuidado, Cornelia introdujo la mano en él y sacó un objeto bastante peculiar. Se trataba de una especie de tela hecha con cuentas pequeñas. Era como una ristra muy vieja. En ella, el dibujo de dos figuras humanas hacía sospechar que se trataba de una antigüedad.

—¿Qué diantres es esto? —preguntó Miguel—. ¿Una bufanda?

—Parece una especie de tejido —confirmó Cornelia—. Aunque ni idea de lo que es.

Justo en ese momento, unos pies terminaron de subir la escalera del descansillo.

Las llaves forcejearon en la cerradura y Astrid apareció exultante, feliz de estar ya instalada en su nueva casa.

—Eh, ¿qué hacéis ahí? ¡No hace falta que limpiéis nada! —exclamó.

Miguel negó con la cabeza y señaló lo que acababan de descubrir.

—¿Qué es eso? —preguntó Astrid.

Los chicos se encogieron de hombros.

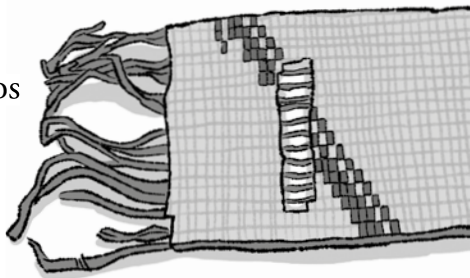
—¿Dónde lo habéis encontrado?

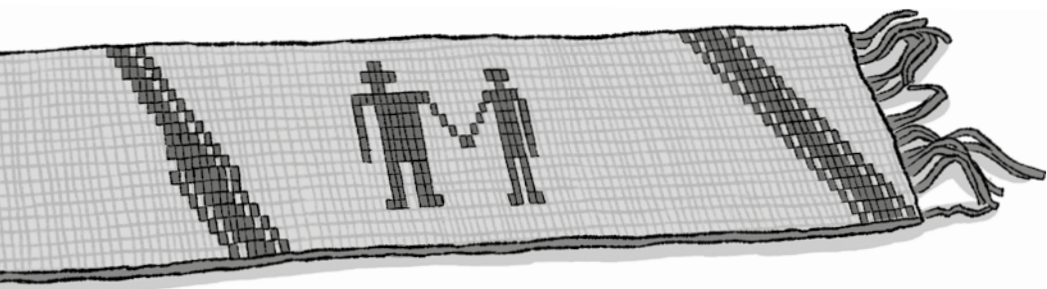
—Aquí mismo —Cornelia señaló el mueble.

Astrid se agachó junto a ellos y tomó el objeto con mucho cuidado. Estaba fascinada con el tejido, la elaboración artesanal y, sobre todo, con que hubiera aparecido en el apartamento.

—¿Sabes lo que es? —preguntó Cornelia tras un tiempo prudencial.

—Tiene pinta de ser un cinturón lenape —murmuró Astrid—. Es antiguo. Y me da que bastante valioso.





Miguel levantó una ceja y miró a Cornelia. Después regresó a Astrid.

—No tenéis ni idea de quiénes fueron los lenape, ¿verdad? —preguntó la empleada dando por hecho la respuesta.

Los chicos negaron con la cabeza. Astrid suspiró y esbozó una sonrisa. Sabía que tenía que ponerlos en situación.

—Los lenape fueron los primeros habitantes de Nueva York —comenzó—. Ellos ocuparon por primera vez estas tierras, a las que llamaron «Manahatta». Vivieron aquí durante siglos hasta que los primeros europeos llegaron desde Holanda en 1626. Se dice que los holandeses les compraron todo esto por valor de unos 24 dólares.

Cornelia sí sabía algo de eso. Lo recordaba de las clases de historia: Nueva York primero había sido una colonia holandesa, llamada Nueva Ámsterdam,

y después pasó a manos de los ingleses, que le cambiaron el nombre.

—Pero antes de todo eso, hubo un primer acuerdo —continuó Astrid—. Los lenape pensaban que estaban cediendo las tierras para que todos pudieran sacar provecho de ellas, también los holandeses. Creían que estaban compartiéndolas. No entendían la idea de propiedad. Pero los holandeses les engañaron. Les quitaron las tierras y después los expulsaron.

—¿En serio? —se lamentó Cornelia—. ¡Qué lástima!

—Así es —confirmó Astrid—. Toda una injusticia.



Tras un silencio en el que cada uno meditó para sus adentros, Astrid señaló el dibujo del cinturón.

—Fijaos qué bonito. Está claro lo que representa.

—¡Es un hombre con un sombrero! —exclamó Miguel.

—Exacto —asintió la empleada—. Un nativo lenape que sella el acuerdo con un europeo. Toda una intención de paz. No cabe duda de que este cinturón es importante.

Justo en ese momento, Cornelia regresó al presente. Se pregunto cuánto tiempo llevaría ese cinturón esperando ser encontrado y por qué se hallaría en el mueble de la entrada del apartamento.

—¿Por qué este cinturón estará aquí en lugar de en la tienda? —dijo en voz alta.

—Es una buena pregunta —apuntó Astrid.

Los tres se miraron sin ser capaces de responderla, aunque Miguel trató de arrojar un poco de luz sobre el asunto.

—El señor Niemann lo había guardado en este sobre.

El chico sacó el paquete acolchado y se lo mostró a Astrid.

—«Para Amanda Preston» —leyó la muchacha pensativa—. Hum... Me suena mucho ese nombre...

—¿Ah, sí? —se sorprendió Miguel.

—Esperad —interrumpió Cornelia mientras echaba un vistazo al interior—. Aquí hay algo más.

La niña introdujo la mano en el sobre y sacó un papel en el que había algo escrito. Estaba doblado por la mitad.

—¡Es una hoja de carta del señor Niemann! —exclamó Cornelia al ver el membrete—. Se ve que escribió una nota.

Los tres se apresuraron a leer lo que ponía. Seguramente daría instrucciones de qué hacer con el cinturón. Sin embargo, cuando Cornelia desdobló la hoja, no hubo suerte. La carta estaba redactada en una lengua rarísima, imposible de descifrar.

—Maravilloso —suspiró Miguel—. Ya empezamos con los enigmas.

Capítulo 2

Los perros beagle corren como gacelas



—No había visto algo así en mi vida —aclaró Astrid—. Aunque ya sabemos que cualquier cosa es posible tratándose de Niemann.

Era cierto. A pesar de que en la última parte de su vida, el señor Niemann se había dedicado a su tienda de antigüedades, Cornelia y Miguel habían descubierto un pasado impresionante.

Resultaba que el anticuario, conocido como doctor Niemann por la comunidad universitaria, se había dedicado a la arqueología durante toda su vida. Cuando el hombre falleció y Cornelia heredó todos sus bienes, Miguel y ella descubrieron la verdad: el doctor Niemann se había relacionado con gente muy interesante. Su trayectoria estaba



Misterios en la GRAN CIUDAD

Cornelia y Miguel encuentran un antiguo cinturón indio.

Fue robado del museo Metropolitano y además ¡está maldito!

Sus investigaciones los llevan al Dakota, uno de los edificios más enigmáticos de Nueva York. Mientras tanto, el Metropolitano prepara su gala anual, con Madonna como invitada. El diamante Hope, otro objeto maldito de su exposición, también está en peligro.

¿Podrán los chicos evitar el robo? ¿Qué relación tiene el edificio Dakota en todo esto? Cornelia y Miguel deberán averiguar todo lo posible sobre las reliquias malditas de Nueva York.



ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com

1578949

ISBN 978-84-143-4520-7

